

TESTIGO VIVIENTE DEL AMOR SACERDOTAL

Madre Adela Galindo, SCTJM

Fundadora

“Les daré pastores según mi corazón, que los apacentarán con ciencia y prudencia. (Jeremías 3, 15) “Yo soy el buen Pastor: conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen a mí, y doy mi vida por las ovejas. Nadie me la quita, sino que la doy por mí mismo”. (Juan 10, 14-15, 18)

SAN JUAN PABLO II:
HIZO DE SU SACERDOCIO, UN DON DE
AMOR Y RESPONSABILIDAD

Mi pequeña y sencilla mirada hacia su corazón sacerdotal



San Juan Pablo II optó con gran amor y determinación vivir siempre, en todo momento y en toda circunstancia, la dignidad de su identidad sacerdotal.

Desde su ordenación, y a través de los distintos servicios que prestó a la Iglesia, ancló su vida en el misterio profundo que toca la existencia de todo sacerdote: **ser imagen viviente del Corazón Eucarístico, Sacerdotal y Traspasado de Cristo.**

Su más elevada opción: **entregarse por completo al don recibido... todo su “yo” humano y masculino, todas sus cualidades, toda su riqueza humana y espiritual, al servicio no de sí mismo, sino del don del sacerdocio... don que consideró siempre un precioso misterio que había sido depositado en su corazón... Y su vida, injertada en el misterio, recibéndolo y cuidándolo, germinándolo...dio mucho fruto.**

San Juan Pablo II fundamentó su vida sacerdotal en el amor oblativo a Cristo y al amor fiel a la Iglesia. En ese amor que transforma al sacerdote en canal potentísimo del amor



misericordioso y generoso de Cristo para la humanidad. Darse sin reservas, sin condiciones, sin medida... sin límites, y servir hasta dar la vida, gastarla por el Reino, fue su trayectoria de vida. Esta formación para la abnegación sacerdotal la recibe primero en su propio hogar. Podríamos afirmar con humildad, que el corazón sacerdotal de San Juan Pablo II fue formado en la Escuela del Corazón Materno de la Virgen, en la Escuela de la Cruz y en la Escuela de la Iglesia Sufriente, la de Polonia. Cuantos sacerdotes mártires iluminaron el camino de Karol Wojtyla... cuantos muriendo con la cruz en sus manos... cuantos besando sus estolas... Juan Pablo II, aprendió a ser sacerdote según el Corazón de Cristo, en la Escuela de la Virgen y de la Cruz, y en la Escuela de la Iglesia sufriente y mártir. San Juan Pablo II, vivió su sacerdocio haciendo suyas en primera persona las palabras de la Consagración: “Este es mi cuerpo... esta es mi sangre”.



En la última carta que dirigió a los sacerdotes para el Jueves Santo de 2005, pocos días antes de morir, decía:

“La auto-donación de Cristo, que tiene sus orígenes en la vida trinitaria del Dios-Amor, alcanza su expresión más alta en el sacrificio de la Cruz, anticipado sacramentalmente en la Última Cena. No se pueden repetir las palabras de la consagración sin sentirse implicados en este movimiento espiritual. En cierto sentido, el sacerdote debe aprender a decir también de sí mismo, con verdad y generosidad, «tomad y comed». En efecto, su vida tiene sentido si sabe hacerse don, poniéndose a disposición de la comunidad y al servicio de todos los necesitados”.



San Juan Pablo II, amó su sacerdocio y a los sacerdotes. A los santos sacerdotes, a los sacerdotes dedicados y responsables y también a quienes vivían en medio de la tentación, entre quienes lloraban sus debilidades y pecados, incluso amó a los sacerdotes que habían dejado el ejercicio sacerdotal, a quienes trataba de recordarles el carácter indeleble de su ordenación. Que hermosa expresión de amor al sacerdocio en la homilía dirigida durante la misa del Jubileo de los sacerdotes (18 de mayo de 2000, día de su cumpleaños):



“¡Os abrazo con gran cariño, queridos sacerdotes del mundo entero! Es un abrazo que no tiene fronteras y que se extiende a los presbíteros de cada Iglesia particular, hasta llegar de manera especial a vosotros, queridos sacerdotes enfermos, solos, probados por las dificultades y la persecución.”

San Juan Pablo II, sacerdote con la cruz sobre sus hombros, caminó con la cruz a cuesta la larga senda de la historia del siglo XX. Conoció de forma personal, familiar, sacerdotal, pastoral, eclesial y mundial, la hora de la cruz, del dolor, de la agonía.

Cuando la palabra no podía pasar del corazón a los labios en su último domingo de Pascua aquí en la tierra, cuando se despidió con una lágrima, bendiciendo al mundo con un silente pero elocuente gesto paterno. Cuando supo hacer de su lecho un altar y de su agonía una ofrenda... Cuando viendo a la ventana que por 27 años escuchó un constante eco: **“JUAN PABLO II, TE QUIERE TODO EL MUNDO”** y otra lágrima se deslizó en su mejilla... Cuando Dios le concedió la gracia de terminar su peregrinación aquí en la tierra pronunciando su último **“Amén”** y así muriendo tal como había vivido... Cuando nos daba su último testimonio sacerdotal, proclamaba ardientemente lo que asumió con amor y responsabilidad el día de su ordenación: **ser otro Cristo, amando y haciendo en todo la voluntad del Padre y entregando generosamente su vida por la Iglesia y la humanidad.**



*Así, San Juan Pablo II murió como vivió siempre su sacerdocio:
amando hasta el extremo.*

DE SU LIBRO "DON Y MISTERIO"

PRESERVADO PARA GENEROSAMENTE DONARSE

"Fui preservado mucho del inmenso y terrible drama de la segunda guerra mundial. A veces me preguntaba: si tantos coetáneos pierden la vida, ¿por qué yo no? Hoy sé que no fue una casualidad. En el contexto del gran mal de la guerra, en mi vida personal todo tendía hacia el bien que era la vocación". (pg. 36)

SACERDOCIO MARCADO POR EL SACRIFICIO DE MUCHOS EN EL ALTAR DE LA HISTORIA

"mi sacerdocio, ya desde su nacimiento, ha estado inscrito en el gran sacrificio de tantos hombres y mujeres de mi generación. La Providencia me ha ahorrado las experiencias más penosas; por eso es aún más grande mi sentimiento de deuda hacia las personas conocidas, así como también hacia aquellas más numerosas que desconozco, sin diferencia de nación o de lengua, que con su sacrificio sobre el gran altar de la historia han contribuido a la realización de mi vocación sacerdotal. De algún modo me han introducido en este camino, mostrándome en la dimensión del sacrificio la verdad más profunda y esencial del sacerdocio de Cristo". (pg. 39)



"Gracias, gracias, pequeña Jacinta, porque por todos tus sufrimientos ofrecidos por ese Papa que tendría la sotana manchada de sangre, me has salvado la vida".

(13 de mayo, 2000, Homilía de Beatificación de Jacinta y Francisco Marto)



SACERDOTE PARA SIEMPRE

“Mi ordenación tuvo lugar en un día insólito para este tipo de celebraciones: fue el 1 de noviembre, solemnidad de Todos los Santos. Extendido en forma de Cruz en el suelo, esperaba el momento de la imposición de las manos. ¡Un momento emocionante. Hay algo de impresionante en la postración de los ordenandos: es el símbolo de su total sumisión ante la majestad de Dios y a la vez de su total disponibilidad a la acción del Espíritu Santo, que desciende sobre ellos como artífice de su consagración”. (pg. 43)

SOBRE EL SUELO

“Quien se dispone a recibir la sagrada Ordenación se postra totalmente y apoya la frente sobre el suelo del templo, manifestando así su completa disponibilidad para asumir el ministerio que le es confiado. Este rito ha marcado profundamente mi existencia sacerdotal. Años más tarde, en la Basílica de San Pedro -estábamos al principio del Concilio- recordando el momento de la Ordenación sacerdotal, escribí una poesía de la cual quiero citar aquí un fragmento:



“Eres tú, Pedro. Quieres ser aquí el Suelo sobre el que caminan los otros... para llegar allá donde guías sus pasos... Quieres ser Aquél que sostiene los pasos, como la roca sostiene el caminar ruidoso de un rebaño: Roca es también el suelo de un templo gigantesco. Y el pasto es la Cruz” (pg. 45)

